

Encuentros con un roquero rojo

Una de las ventajas de vivir en un espacio natural bien conservado y con poca presencia humana es que los encuentros con fauna salvaje cuando sales de paseo por el campo son frecuentes. Ocurre también que si los paseos son a la misma hora y por los mismos sitios, sueles ver a los mismos animales. Y con ello me refiero a los mismos individuos. Individuos que aprendes a reconocer y a los que inconscientemente buscas como si de una cita se tratase.

Esto me ocurrió durante varios días con un roquero rojo que cantaba al atardecer en un cresterío rocoso en una cuerda montañosa cerca de casa. La primera vez que nos encontramos, yo bajaba de la cima de una montaña a la que subo con frecuencia. Lo vi de lejos, subido a un pináculo de roca, cantando a pleno pulmón su canción al valle entero. La luz cálida de la tarde le daba de lleno y hacía que el naranja de su pecho brillase de una manera espectacular entre un mar encrespado de pizarras puntiagudas.

Con sigilo conseguí acercarme hasta una distancia prudencial y, protegido por una piedra, conseguí montar el telescopio. Allí lo tenía, la imagen era bellísima, la luz perfecta, y con los aumentos del telescopio podía verlo a placer.

Volví a la cita con el roquero varias tardes más. Siempre a la misma hora, siempre en la misma piedra. Me quedaba observándolo hasta que el sol iba bajando y el frío nos hacía volver a los dos a refugios más cálidos.

Estos encuentros me dieron la excusa perfecta para pintar esos cresteríos rocosos tan espectaculares a los que la figura del roquero daba una nota de color y de vida que cambiaba todo el cuadro.

La vuelta a casa, entre dos luces, siempre era muy placentera. Momentos así te hacen tener la ilusión de creer que entiendes lo que pasa en la naturaleza y que no eres un mero observador sino que, indisolublemente, formas parte de ella.

